

UN CASO ESPECIAL

DURANTE mucho tiempo no he de olvidar lo que me sucedió una vez en Constanza cuando, con culpable debilidad, me metí en un embrollo del cual veréis en seguida como salí.

Estaba en una confitería próxima a la estatua de Ovidio sorbiendo un café a la turca y cuando pensaba cuan mal había hecho al no decir que me lo hicieran algo más dulce, por la acera de enfrente veo, dirigiéndose hacia el sitio donde me hallaba, a un hombre de mediana estatura, con la barba negra y redonda, que me sonreía. Miré a derecha e izquierda por si le respondía alguien, pero no ví a nadie y aquel señor vino directo a mí, extendiéndose las manos.

—¿Cómo te va y desde cuándo estás aquí? —me pregunta él con precipitada alegría.

Cualquiera de ustedes que se hubiera encontrado en mi situación seguramente le habría dicho: «Le ruego que me perdone, señor, pero ¿quién es usted?» o «veo que le conozco pero no sé de donde». Así debiera de haber hecho yo, puesto que no le conocía en absoluto. Pero viendo la alegría que manifestó al verme me resultó pesado hacerle semejante pregunta y sonriéndole a mi vez le contesté:

—¿Cómo me va? Pues aquí estoy en Constanza —y luego, para mis adentros—: «Me confunde con otro».

—¡Vaya, qué sorpresa! Me alegro de verte —me dijo, sentándose en una silla junto a mí. Y a continuación me pregunta:

—¿Desde cuándo estás en Constanza, Ichimescu?



—Desde anoche—y en seguida pienso: «¿Ichimescu?; me confunde con mi hermano», y dudo si prevenirle que no soy mi hermano o si dejo seguir un poco más la conversación.

—La verdad, tenía deseos de estar contigo y cuando hace un momento te he visto me he dicho: he aquí a Ichimescu y me ha dado mucha alegría.

—(Seguro que me confunde con mi hermano).

—Precisamente he hablado de tí con Panaitescu... con Miguel... Miguel Panaitescu, y con Balaban..., también les he visto a ellos por aquí...

—(¿Painatescu? ¿Balaban? Son buenos amigos míos. Lo que quiere decir que me conoce a mí y no me toma por mi hermano). Y le he mirado con atención tratando de acordarme dónde y cuándo le he conocido, pero no logro recordarlo ni aún por aproximación. Su figura me es totalmente desconocida.

—Parece que te veo en Buzau... cuando vivías en la calle de Napoleón Bonaparte—me dijo él.

Y era verdad que en Buzau viví algún tiempo en aquella calle.

—(¿Vaya lío!) —pensaba yo— ¿Y hace mucho que estás en Constanza? —le he preguntado.

—Desde que vine de Buzau..., hace ocho años..., no, siete..., bueno, ocho... precisamente en este verano.

Y le miro de nuevo pero en vano, su cara no me dice nada.

—Y ahora aquí en Constanza —dije yo, no sabiendo qué cosa preguntarle.

—Sí, y gracias a Dios me va bien... mejor que en Buzau... Puede que no me hubiera marchado de allí si no hubiera sido por el asunto con el loco aquel... ya sabes que reñí con él.

—Lo sé—lanza mi boca por delante, mientras me quedo pensativo.

—No puedo decir que no me diera lo que me correspondía... pero era de una violencia... de una violencia... ya le conoces, ¡qué voy a decirte ahora!

—Es verdad que era muy violento—y en seguida pienso: «¡Demonio!, estoy haciendo el tonto».

—Y ahora, ¿cómo se porte con la gente?

—Pues... como puede—digo.

—Pero ¿con el Crédito qué ha hecho?... él tenía un pleito... esperaba de ello grandes ganancias.



Y busco acordarme de todos los que tuviesen pleitos con el Crédito pero no me viene a la mente ni un solo nombre.

—En esto —digo—, con relación a esto, no sabría qué decirte.

—Así es él, recoge la paja y escampa la harina.

—Por esto es por lo que yo digo con la gente: el avaro daña mucho más...

—¿Sabes que no has cambiado nada, Ichimescu? —me interrumpe él, cortando el proverbio.

—Pues tú también estás como siempre.

—Sólo que Buzau no llevaba barba.

—Qué más da —digo yo, viendo que he resbalado—, la barba no cambia mucho... en todo caso yo te he conocido en cuanto te he visto.

—¡Ah! —protesta él—. Yo he cambiado mucho.

—Por favor, ¿todos los cocheros aquí llevan fez? —le he preguntado sin dejarle terminar.

—No, algunos no... mira uno. Pero es que la mayor parte son turcos. Y no formes mal concepto de ellos... porque los turcos son hombres cabales.

Y mientras él desenvuelve esta caracterización etnológica, yo sólo pienso en una cosa: «No llevaba barba... sin barba», y le miro intentando imaginármelo sin este adorno varonil. Como si no. Me siento enloquecer.

—Y dime, ¿te va bien en Constanza?

—En todo caso estoy más contento que en Buzau. Y el pequeño Basilio, ¿cómo está? Ahora será muy mayor.

Le contemplo con la mayor atención. Es inútil.

—Sí, es mayor y ya va a la escuela.

Cuando era presa de un desaliento exasperante, por causa de la situación crítica en que me encontraba, no tanto por la realidad de algún hecho como por una especie de ilusión nacida de la seguridad con que él entra en todos los detalles de mi vida, me pareció que pasaba ante mí una imagen lejana, un recuerdo pálido y fugitivo, y le pregunté:

—Perdona, pero ¿tú no estabas en los ferrocarriles?

—Nunca he estado... siempre he tenido esta ocupación. Me parece que has olvidado algo—concluye él con algún sentimiento.

—¡Libreme Dios!... no te he olvidado... ¡Cómo voy a olvidarte!... ¡No puede ser!... ya sé que *esta* ocupación la tenías también en Buzau.



Y naturalmente pienso con espanto: «Si alguien me pregunta cómo se llama y qué ocupación tiene... hago el ridículo».

—Yo quisiera preguntarte si los trabajos del puerto están terminados. Sé que se han gastado mucho dinero...

El comenzó a hablarme del puerto. Yo le miraba escuchándole y sin saber qué decir, atormentándome recordando a los conocidos sin barba de hacia ocho años. Pero mis diligencias eran vanas y comencé a dudar de la solidez de mi mente.

—Si quieres verlos podemos ir juntos—me dice.

—¿A ver qué?

—Los trabajos del puerto.

—Ahora no tengo tiempo.

—¿Has venido por negocios a Constanza o sólo por placer?

—Quisiera venir con toda la familia y he venido con mi mujer para alquilar una casa. Mi mujer ha ido a ver a una amiga y nos hemos citado aquí.

—Las casas son muy caras. Cuando llega la temporada la gente enloquece... así son de caros los precios. Considera que yo pago mil quinientos «leis» por año... nada más que porque está frente al mar. Está a dos pasos de aquí, ¿sabes?... si quieres, vamos y la verás.

—Con mucho gusto.

He pagado y nos hemos ido.

El me ha cogido del brazo y, cuando íbamos de esta suerte, le miraba de perfil buscando imaginármelo sin barba. Pero su cara no me decía nada... nada..., con gran desesperación mía.

Cuando marchábamos, de repente he pensado: «¿y si fuera un chantajista que cree que tengo dinero y me lleva quién sabe adónde... a alguna trampa... y me encuentro inopinadamente con que dice que ha seducido a mi mujer, o algo así?», y le he mirado esta vez con mucha desconfianza. Luego digo en voz alta:

—A propósito, ¿cómo está tu mujer?

—¿Mujer?, ¿Qué mujer? Yo no soy casado.

—¿No?... Como en Buzau... ya... si... bien.

Y él me dijo muy enfadado:

—Ya sé a lo que quieres aludir... a la señora Mavrichi.

Por primera vez oía este nombre.

—No, por Dios, no he hecho ninguna alusión.



—No te excuses que ahora ya no me enfada esto. Seguro que él te ha hablado de esto.

—¿Quién?

—El desdichado aquel.

—No, la verdad, no me ha hablado.

—Es en vano, no te creo... todos estábais seguros entonces de que entre la señora Mavrichi y yo existían lazos...

—(¡Mavrichi!... ¡todos estábamos seguros! ¡Qué diría yo?). Hice un esfuerzo extraordinario... nada...

—Es verdad que yo también oí algo—dije viendo que no tenía otro remedio.

—Pero espero que no lo creyeras.

—La verdad es que no lo creí.

—¿Y cómo le ve a Madame Mavrichi?—me pregunta—, porque desde entonces no la he visto.

—Tampoco yo la veo mucho.

—¿Está muy hermosa?

—Ha envejecido algo... —digo—, ahora tiene ocho años más.

Entretanto hemos llegado a su casa. Tenía ésta dos pisos y estaba situada a la orilla del mar. Subimos unos escalones y entramos en una espaciosa habitación del primer piso. Nos sentamos en la ventana que él abrió. El mar se extendía a lo lejos hasta la línea del horizonte. Miré a Oriente paseando la mirada por la lejanía hacia las rocas del Cáucaso.

—¡Hermosa vista!—digo.

—Si lo viesen en invierno...

El ordenó que nos trajeran dulces y café, que tomamos mientras mirábamos las olas del mar. Y en esta disposición me parecía como si le conociera de mucho tiempo y me he sentido más tranquilo mirándole como a un viejo conocido. Luego, durante algún tiempo, he comenzado a pasear despacio por la habitación, con la mira de si viera algún escrito o alguna otra cosa en la casa por la que pueda saber con quien me hallo. Pero también mi trabajo es vano y como se aproxima la hora de la cita con mi mujer hemos partido ambos.

Cuando regresamosideo cómo saber quién es. «Si hago como que he olvidado su nombre no es tan molesto preguntarle, y probablemente, como de costumbre, junto al nombre me diga el apellido».



—Perdona... ¿cómo es tu nombre?... el nombre de bautismo... excúsame... pero lo he olvidado.

—Nicolás.

—¡Claro, hombre! Y perdóname que por San Nicolás no te haya felicitado.

—¿Qué le vamos a hacer? Yo no me preocupo de esto. —Y luego, tras una pausa—: Si quieres, esta noche puedes dormir en mi casa. Pondré una habitación a vuestra disposición.

—No, muchas gracias, amigo Nicolás, te lo agradezco mucho... de verdad... pero no quiero molestarte.

—Ninguna molestia.

Se me ocurre otra idea.

—Si me decidiese a venir aquí, te ruego que me ayudes a encontrar una casa de alquiler.

—Con el mayor gusto.

—Yo me marcho hoy y te escribiré desde Buzau. ¿Cómo es tu dirección completa?

—Pon Constanza... y llega.

Justamente llegamos a la confitería de donde partimos. Éstaba dispuesto a dejarle, cuando de repente ví a mi mujer que venía al lugar dicho. Viéndome se apresura a venir haciéndome señas con la sombrilla para que no vaya. Pienso darle a él los buenos días para evitar una pequeña catástrofe, pero en lugar de esto le pregunto:

—¿Conoces a mi mujer?

—No tengo el gusto.

Sentí que me desvanecía.

Mi mujer se acercó. El se arregló la corbata y la saludó muy respetuosamente. Mi mujer le corresponde y en seguida me mira a mí como diciéndome: «¿Por qué no me presentas?». El tenía la misma expresión.

Un sudor frío me invade.

—Querida esposa, permíteme que te presente a uno de mis mejores amigos... de quien te he hablado en alguna ocasión... bueno, muchas veces... sabes... te acordarás... he tenido una alegría —aquí intenté sonreír— sí... sí... el amigo Nicolás..., viejo conocido... hemos ido y he visto su casa... admirable posición... el mar...

Mi mujer se sorprende cada vez más. Me volví hacia ella y le susurré



con determinación entre dientes: «no alargues la conversación... vámonos pronto».

El sintió que pasaba algo, sobre todo viendo el gesto de mi mujer, y me dijo visiblemente enfadado:

—Os estorbo... os ruego que me excuséis, señor Ichimescu.

—Nada de estorbar... al contrario, tenemos mucho gusto.

—Puede creer, señora, que he tenido un gran placer —dijo él, cuando mi mujer se defendía de aquella insinuación.

Yo, sintiendo su ironía, le he dejado que se marche haciéndole toda clase de manifestaciones de simpatía, a cual más ridículas.

Luego que se marchó, otro disgusto con mi mujer.

—¡Vaya un cortés comportamiento, por favor!, siempre me haces igual. Y ¿quién es ése?, porque yo no te he oído nunca hablar de él...

—Ni yo tampoco sé quien es. Le veo ahora por primera vez.

—Se ve que quieres divertirme conmigo—añade mi mujer, enfadada.

Y estando segura de esto no me dirige ni una palabra en todo el camino. Y yo pensaba: «¿Quién demonios será?... ¡hum!... no tenía barba... hay también una señora Mavrichi... vaya enredo...», y me hacía toda clase de preguntas sin poder responder a ninguna.

En cuanto llegamos al hotel he dejado a mi mujer y me he vuelto a marchar desesperado.

—¿A dónde vas?, ¿qué tienes?—me pregunta mi mujer.

—No tengo nada... espera un momento... he de hacer una cosa.

He vuelto corriendo a casa de él.

Por la acera pasaba una vieja.

—Por favor, señora, ¿quién vive en esa casa?

—No sé, señor—y sigue su camino.

—...

—Por favor, señor, ¿cómo se llama uno que vive aquí enfrente... no muy alto... con barba negra?

—¿Será el señor Constatinescu?—dijo el hombre, mirándome con curiosidad.

—¿Constantinescu?... uno así... mediano, con barba.

—Sí, el señor Constantinescu.

—¿Y qué más?

—Nicolás... Nicolás Constantinescu.

—Nicolás Constantinescu... ¿y qué hace?



—No sé, pregúnteselo a él, aunque me parece que no está en casa.

—No; ¿qué ocupación tiene?

—Contable en casa Papadoulou.

—¡Muchas gracias, señor!

—No hay de qué.

Y retorno pensando: «¿Nicolás Constantinescu?... ¿Constantinescu Nicolás?... ¿La señora Mivrichi?... ¿Contable de Papadoulou?... ¡qué demonio! ¡me vuelvo tonto!».

Demetrio Patrascanu es un celebrado escritor humorista rumano contemporáneo. Su vida se desenvuelve entre los años 1872 y 1937, y en sus cuentos y bocetos se nos muestra como un profundo conocedor de los caracteres y los problemas humanos. Sus finas condiciones de observador se evidencian en este cuento, «Un caso especial», que hoy ofrecemos traducido al castellano. Patrascanu recuerda mucho por su formación, su estilo y su tendencia, al gran prosista Ion Luca Caragiale, de quien muchos le tienen por discípulo.

(Traducción y nota de Manuel Batlle Vázquez).

